

LA VIDA MODERNA

LA VIDA MODERNA



LA VIDA MODERNA

No sé yo qué género de impaciencia es la que nos agita en estos días que alcanzamos; pues, mirándolo bien, el hombre parece hoy poseído del furor de la movilidad, de una movilidad incansable, más aún, de una movilidad frenética. Va y viene, sube y baja, entra y sale, como si un secreto resorte lo empujara, ya en una dirección, ya en otra, ya á un mismo tiempo en todas direcciones. La rapidez que los adelantos del siglo han facilitado al movimiento de traslación, parece que nos obliga á no tener ni un momento de reposo; se puede asegurar que vivimos con el reloj en la mano y el pie en el estribo. Casi suprimidas las distancias por un supremo prodigio de la industria, estamos á punto de realizar el bello imposible de hallarnos á la vez en todas partes....

¡Oh, sí! Nos movemos al vapor..., vivimos al minuto.

Las grandes ciudades esparcidas por toda la redondez del mundo civilizado, no son más que las soberbias estaciones en donde, digámoslo así, se detiene un momento el itinerario de nuestra movilidad, de nuestra impaciencia, de nuestra prisa. Diríase que el tiempo se acerca á su último instante, y que, empujados por la urgencia del caso, corremos de un punto á otro temerosos de llegar tarde al lugar, todavía ignorado, en donde la civilización nos ha prometido la felicidad suprema, más todavía, la felicidad eterna.

Hay algo del Judío errante en los destinos de las presentes generaciones. «Anda, anda», les grita una voz desconocida que resuena en sus oídos por todas partes, y andan, y nunca llegan. Cuanto más redoblan la rapidez de la carrera, más se alejan del paraíso que buscan. El horizonte les presenta de continuo risueñas perspectivas, que flotan un momento en el aire y que al tocarlas vacilan, se desvanecen, dejando al disiparse nuevas tinieblas, nuevos desiertos y nuevas soledades.

Arrastradas por el vapor que ruge fatigado dentro de la máquina que lo sujeta, llegan á cada instante y salen á cada momento como torrentes que se precipitan, se cruzan, se empujan en corrientes impetuosas, que van y vienen, descansando apenas en los remansos de las grandes ciudades.

Yo he observado muchas veces la inquietud

incansable del pájaro encerrado en la jaula; lo he visto ir y venir, subir y bajar, buscando entre los alambres que lo aprisionan ocasión favorable para tender el vuelo hacia el horizonte que lo atrae y el espacio que lo llama. ¡Qué ingrato es á la solicitud de la mano que provee á sus necesidades!... El sol de la mañana ilumina los dorados hierros de su jaula, el aire del campo le trae los perfumes con que las flores de la primavera embalsaman el ambiente que las rodea; vive al abrigo de las inclemencias de la naturaleza; su mesa, digámoslo así, es limpia, abundante y regalada; la estancia en que vive encerrado es opulenta.... ¡Qué más quiere? Y en cambio de tantos beneficios, ¿qué se le pide?... Nada..., su propio bien....: que cante, que se alegre, que sea dichoso.... Mas he aquí que tanta felicidad lo desespera. ¡Que sea dichoso!... ¡Bah!... Abridle la jaula, y lo veréis volar, huir, perderse en las obscuridades del bosque ó en las soledades del espacio, como quien se escapa de un terrible peligro, de la boca de la serpiente ó de las uñas del gato. No lo esperéis, porque no volverá.

No vuelve nunca; prefiere al abrigo de la jaula, los rigores de la intemperie; á los regalos de la domesticidad, las crueldades de la naturaleza, que es su providencia. ¡Oh, qué insensato!... Cuelga el nido del primer vástago que encuentra á merced de las tempestades y de los huracanes; tiene que buscar en los sembrados la semilla con que ha de alimentarse; duerme sin más amparo ni

más abrigo que las hojas de los árboles, y vive rodeado de asechanzas, de peligros, de inquietudes y de tribulaciones; pero no le habléis de las delicias de la jaula, porque os mirará con recelo, saltará de una rama á otra como para asegurarse de la agilidad de sus alas, y cuando creáis que va á someterse á la felicidad que le ofrecéis, levantará el vuelo y os dejará con la boca abierta.... Allá á lo lejos, suspendido en el aire ó medio oculto en la sombra del follaje, lo oiréis cantar ufano, alegre...., ni más ni menos que si pretendiera burlarse de los regalados placeres de la jaula. ¡Infeliz! ¡Qué aturdimiento, qué locura!

¿Hay algo de esto en nuestro destino?... Vamos á cuentas. La mano generosa de todo este animado conjunto de felicidades que llamamos civilización moderna, no puede ser más pródiga para nosotros. Con una solicitud que no sabremos agradecer nunca, acude á satisfacer nuestros deseos, realiza á nuestros ojos las más estupendas maravillas, nos asegura la vida, la salud, la abundancia, el placer continuo, y hasta nos tiene prometida la eternidad sobre la tierra. Por un prodigio de ingenio increíble, ha convertido este valle de lágrimas en un paraíso de goces sin término y sin medida. No hay que darle vueltas, la vida moderna no tiene desperdicio; por todas partes se nos aparece llena de comodidades, de satisfacciones, de goces y de placeres; la casa, la mesa, el coche, los paseos, los teatros, los cafés, los casinos....: todo

lo que nos rodea ejerce sobre nuestros sentidos un encanto irresistible.

¿Cómo ha podido vivir hasta ahora el género humano? Antes de llegar al edén en que nos encontramos, ¿se vivía realmente? Hoy, ya lo vemos, la vida nos sale al encuentro coronada de flores, con la concupiscencia en los ojos y el libertinaje en los labios, nos tiende la mano y nos convida á vivir, incitándonos á permanecer sobre la tierra en eterno hospedaje.

Lo diré aquí; sería una ingratitud desconocer las ventajas que nos proporcionan y los vivos recreos con que nos seducen las prodigalidades de nuestro siglo; porque, justo es reconocerlo, materialmente hablando, no se puede vivir mejor que nosotros vivimos. ¡Ah, qué vida! ¡Qué hermosa vida!.... Sólo las insidiosas sugerencias de la muerte consiguen inducirnos á abandonarla. Morir cuando todo se une, se estrecha, se confabula para llenar de continuos deleites las horas que invertimos en dar una vuelta por el mundo, es ciertamente una locura muy antigua, de que todavía no ha podido curarse la especie humana.

Bueno que en la antigüedad, cansados los hombres de la insubstancialidad de aquella vida sin *Fornos*, sin *Bufos*, sin un café en cada esquina, sin un casino en cada calle, sin caminos de hierro, sin telégrafos, sin *Bolsas*, sin periódicos...., consumidos al fin por el fastidio, doblaran la cabeza y cerraran los ojos para siempre. Bueno que hoy mis-

mo, en los pueblos salvajes donde aún no han penetrado las atractivas novedades de nuestra civilización, las gentes, sorprendidas por la mano alévosa que nos va empujando hacia el sepulcro, se dejen coger en el garlito de la muerte.

Eso se concibe perfectamente; pero á la altura en que nos encontramos, en medio de tantos goces como acuden á solicitar de tan diversas maneras los inconstantes apetitos de nuestros deseos, no se comprende cómo hay quien abandona el *confort* de su casa, el *ménu* de su mesa, los muelles almohadones de su coche, su teatro favorito, su café predilecto, su casino...., su periódico; cierra los ojos á tanta dicha, y huye del mundo para ir á esconderse, más aún, á sepultarse en el último rincón de un cementerio.

Y bien: hay casos en que puede ser absolutamente indispensable morir, en razón á que la ciencia no nos ha revelado todavía el secreto de la inmortalidad; pero, quieras que no quieras, estamos viendo que cualquier accidente de la naturaleza sirve de pretexto para dejar la vida. La mortandad crece y se extiende por todas partes, sin que basten á detenerla los esplendores de la civilización ni los progresos del siglo. Hoy porque el Invierno es crudo, mañana porque el Verano es seco, antes porque se anticipó la Primavera, después porque el Otoño fué húmedo, ya de una enfermedad crónica, ya de una enfermedad aguda, sin contar las guerras, los descarrilamientos, los asesinatos, las

epidemias y los suicidios, el hecho es que la voracidad de la muerte se muestra cada día más insaciable. Es decir, que nos morimos, ni más ni menos que si viviéramos allá en el Congo ó aquí en Marruecos. He ahí lo que á mí me admira.

Y no es solamente la satisfacción de los goces materiales lo que nos incita á la vida. El espectáculo universal que nos rodea posee también encantos irresistibles, porque la función no puede ser más amena, más variada ni más entretenida: los actores hacen prodigios de ingenio, los aplausos se escapan de nuestras manos, y la risa centellea en nuestros labios. La acción, llena de incidentes, se teje ante nuestros ojos, ya cómica, ya dramática, y de enredo en enredo, de embrollo en embrollo, de catástrofe en catástrofe, nos lleva como de la mano por el laberinto de los sucesos á un desenlace que alternativamente se acerca y se aleja, para mantener nuestro espíritu bajo la emoción constantemente renovada de una crisis interminable.

Y ved aquí un placer que no se agota; si no es infinito, es, por lo menos, indefinido; cada día, cada hora, cada instante nos presenta la fugitiva novedad del momento, la perspectiva cambia sin cesar, y el ánimo apenas tiene tiempo para recrearse en los fugaces accidentes del espectáculo. Para que el incentivo de la curiosidad sea más vivo, los acontecimientos se hilvanan en secreto bajo el misterio de una sombra impenetrable, y no hay cálculo humano que los anuncie ni intuición

que los adivine. Jamás lo por venir se ha ocultado á los hombres en obscuridad más profunda ; la realidad misma que palpamos nos parece mentira ; no puede ser ni más real ni más fantástica.

¡Mañana !... ¡Oh ! ¿Qué sucederá mañana ? Nadie se atreve á saberlo ; pero es seguro que mañana sucederá algo extraordinario , algo nuevo , algo imprevisto , que , sin dejar de ser la cosa más natural del mundo , venga á suspender nuestro ánimo con la novedad de lo inesperado . ¡Quién sabe lo que sucederá mañana !... Al levantarse el telón del nuevo día , ¿qué género de espectáculo nos espera !... No hay nada que no pueda suceder , porque en esta época decididamente incrédula , todo es ya creíble . No hay escándalo , ni prodigio ni monstruosidad que no sean posibles , y nos salen al encuentro al pasar de un día á otro , poniendo nuestra existencia á cubierto de los horrores del fastidio .

Así , de sorpresa en sorpresa , la acción , cada vez más embrollada , de la gran comedia que se representa en el teatro del mundo moderno , aumenta el afán y el encanto de la vida . ¡Qué variedad de acontecimientos ! ¡Qué combinación de caracteres ! ¡Qué complicidad de personajes !... ¡Qué cambios de escena !... La imaginación más rica y más caprichosa no acertaría nunca á compaginar un conjunto de cosas tan revuelto , tan animado , tan desastroso y tan divertido .

Y bien : hay , sin embargo , quien deja , digá-

moslo así , su butaca de terciopelo de Utrecht ó su palco forrado de seda , y vuelve la espalda para siempre á la continua novedad de esta fiesta perpetua , á la delicia permanente de este placer continuo . ¡Qué manía de morir !... La ciencia nos alumbrá , la industria nos perfecciona y el arte nos recrea ; no hay maravilla que pueda pedirles la voluptuosidad de nuestras costumbres que no esté ya anotada en los catálogos de sus invenciones . La civilización en que vivimos , más activa , más ingeniosa , más impaciente que nuestros mismos apetitos , no sólo los satisface , sino que los incita ; en vez de esperarlos , les sale al encuentro , se anticipa á ellos , y valiéndose de la magia de sus seducciones , los sacia y al mismo tiempo los multiplica ; no hay cansancio posible ante la viva eficacia de sus incentivos ; todo es miel en la copa que nos ofrece .

Y en cambio de tantos beneficios , de tantos placeres , de tantas satisfacciones , ¿qué nos pide ? Nada ; nuestro propio bien ; que vivamos , que gocemos , que seamos dichosos . Mas he aquí que nosotros , semejantes al pájaro en la jaula , vamos de un punto á otro con movilidad incansable , buscando una salida por donde escaparnos de esta red de felicidades materiales en que hemos caído . Diríase que la abundancia nos ahoga , que el placer nos atormenta y que la felicidad misma nos angustia . Sí ; somos grandes , somos sabios , somos poderosos , y casi hemos llegado á persuadirnos de que somos el

principio y el fin de todas las cosas ; pero no somos dichosos.

¿ Por qué ?

Porque el espíritu humano se empeña en tener alas y quiere volar fuera de la jaula en que se encuentra prisionero. A lo mejor se acuerda de no sé qué horizontes desconocidos, de qué bosques misteriosos, de qué espacios infinitos, y entonces pugna por romper las ligaduras que lo sujetan, y en medio de los deleites que embriagan sus sentidos, siente en su corazón un vacío que no llenan nunca los placeres del mundo, y los devora uno tras otro con sed insaciable. Cada deseo satisfecho es una esperanza perdida; en cada placer encuentra un engaño; las dulzuras de los deleites dejan, si puedo decirlo así, en el paladar de su alma el sabor amargo de la muerte.

Goza, y no es dichoso.

Como si pretendiera huir de sí mismo, va y viene, sube y baja, entra y sale, anda sin camino, corre sin dirección, vive á escape, mejor dicho, no vive.

Más, siempre más; esta es la fórmula de su continuo pensamiento, ó, lo que es lo mismo: oro, más oro, mucho oro, todo el oro que puede haber dentro de un bolsillo sin fondo.

Hasta ahora la sociedad en que habitamos nos concede *gratis* el *usufructo* del sol que nos alumbra y del aire que cada uno respira según las necesidades de sus pulmones; mas estas dos concesiones graciosas, que disfrutamos mientras las urgencias

del Tesoro público no obliguen al Estado á disponer que la luz se alquile y que el aire se arriende, no bastan para que podamos decir que vivimos. Es indispensable algo más que un rayo de sol y un soplo de aire para entrar formalmente en el pleno goce de la vida civilizada; se necesita ante todo y sobre todo, oro, más oro, mucho oro, siempre oro.

Sin este requisito puede un hombre vivir nada más que lo absolutamente necesario para que no se le entierre; mas si se le permite andar sobre la tierra, so pretexto de que respira, todo lo demás que constituye la realidad de la vida moderna le está prohibido.

La palabra misma lo dice: el que no tiene un real, carece de todas las realidades, no puede realizar nada. Vaga entre los hombres como un ser fantástico, inverosímil, increíble, en el que todo es imaginario. Es una mera abstracción, una idea negativa, como la idea de la obscuridad, como la idea del vacío; es un cero humano, un espacio..., nada. El oro, por consiguiente, es lo esencial, lo importante, lo necesario; lo que es el alma al cuerpo, lo que es la sangre á la vida.

Muy bien: pero este espíritu rebelde que se anda dentro de nosotros es insaciable. En vano el oro realiza ante sus ojos prodigios increíbles; en vano embelesa sus sentidos con nuevas y continuas maravillas... No se satisface, y mirándolo con desdén, le dice:

—Quiero más.

— ¡Más!.... — exclama la riqueza asombrada.

— Sí, — le contesta.

Y el oro replica:

— Yo alquilo para ti la lisonja, los honores y la opulencia; para ti compro la amistad, el amor, la justicia. Yo embalsamo el aire que respiras con el perfume de todos los placeres, y siembro de flores tu camino. El mundo es tuyo.... ¿Qué más quieres?....

El espíritu se agita impaciente, y dice:

— Quiero ser dichoso.

— ¿No lo eres? — pregunta la riqueza llena de asombro.

— No, — contesta el espíritu.

Y bien: nosotros mismos nos resistimos á creerlo, porque hemos unido en lazo indisoluble el sentido de estas dos palabras: *riqueza y felicidad*; en nuestros oídos suenan de la misma manera; son en el lenguaje habitual dos voces sinónimas. La cuenta de nuestras felicidades no es, en resumen, más que el continuo balance de las riquezas que adquirimos ó de las riquezas que derrochamos. En nuestros tiempos no hay más que un motivo de oprobio, de desesperación y de angustia: la pobreza.

Vaya V., pues, á persuadir á un saco repleto de oro de su impotencia, cuando todo lo puede. ¿Cómo se le hace creer que no está á su alcance la felicidad humana, que un hombre puede con una mano contar sus millones y con la otra sus miserias?....

«Aquí (podrá decir, poniendo la mano sobre su gaveta), aquí tengo la felicidad.»

Mas poniendo la mano sobre su corazón, podrá exclamar al mismo tiempo:

«¡Oh cuán infeliz me siento!....»

Pero, ¡ya se ve!, la vida moderna, inclinada ante la divinidad de los intereses materiales, ha jurado solemnemente hacernos dichosos, y desatando el multiplicado poder de sus estímulos, no nos dejará ni un instante de sosiego hasta vernos felices. Revolverá con mano ejecutiva los arcanos de la ciencia, los secretos de la naturaleza, los tesoros de la industria y los prodigios del arte, para rodearnos de placeres, abriendo á nuestra dicha el manantial de todos los goces, en la doble concupiscencia del entendimiento y de los sentidos.

Pero he aquí que, en medio de las delicias de la embriaguez, sentimos la angustia de la misma embriaguez; en el rostro, si puedo decirlo así, de nuestra alegría, se dibujan señales tenebrosas de profunda tristeza, porque en medio del bullicio con que nos aturdimos nos asaltan las diversas soledades á que hemos condenado la vida del alma, ni más ni menos que si marcaran en nuestro semblante los rasgos de la degradación que nos anima.

Mas la fecundidad de los goces materiales es inagotable, y la vida nos empuja en todas las direcciones de la felicidad, sin que consigamos encontrarla. Devorado un placer, pedimos otro, y arrastrados por el ímpetu ciego de los apetitos que

nos desesperan en el momento mismo que los satisfacemos, corremos á todo vapor, de una parte á otra, sin llegar nunca al lugar donde vamos. Todo se nos ha concedido menos el reposo.

Nuestro espíritu, rebelde á las felicidades de la vida moderna, no encuentra sosiego. Paladea los placeres con el afán del hidrópico, y su sed no se mitiga. *Más....*, siempre *más....*; y siempre nada. El placer se convierte en tormento, la gloria en martirio, la dicha en suplicio.

Confesémoslo con doloroso desaliento: el oro no tiene el poder de hacernos dichosos, porque la felicidad que pedimos, que entrevemos en el fondo atribulado de nuestro ser, posee una honradez desesperante. Cruel virtud, que no nos deja ser dichosos en medio de tantas grandezas, de tanta sabiduría, de tanto oro.

¡Felicidad incorruptible!.... ¡Ah!.... ¡si pudiéramos sobornarte!



LA CASA